



## Capítulo 148 - Vine a hablar de... nuestra familia.

Zafiro apareció en el mundo humano con un brillo repentino, un destello de luz carmesí que se materializó directamente frente a la gran y fría fachada del edificio de la compañía.

La estructura moderna, con sus paredes de cristal y su diseño imponente, reflejaba la luz del sol con calculada perfección.

"Al menos lo mantienen impecable... Ni siquiera puedo pensar en ventanas sucias...", murmuró Zafiro mientras observaba el edificio. "Bueno, vámonos". Estaba allí por una razón clara, y su presencia parecía consumir el espacio a su alrededor, como si el aire que rodeaba la empresa se hubiera vuelto más denso y pesado.



No le importaba estar en el mundo humano. Para ella, esas limitaciones no existían. Las puertas automáticas se abrieron con un suave susurro al entrar, su imponente figura flotando mientras la recepción se llenaba con la opresiva presencia de un ser de su magnitud. Cada paso resonaba, y el ambiente, que antes parecía tan animado, tan lleno de murmullos y risas apagadas, se sumió en un silencio instantáneo.

La mirada de Zafiro recorrió la habitación con una calma aterradora. Era como si estuviera atenta a cada movimiento a su alrededor, a cada respiración, a cada latido de los presentes. Sentía la tensión en el aire.

Todos los empleados, desde las secretarias hasta los guardias de seguridad, se detuvieron en seco.



Sus miradas estaban fijas, pero vacías, como si una fuerza invisible hubiera congelado el tiempo para todos los que estaban allí.

Ella sabía exactamente lo que estaba pasando.

No eran humanos. Podía sentir el aura demoníaca latiendo en su interior, disfrazados de mortales.

Zafiro sonrió con un dejo de desdén. Sabía que todos allí sabían quién era: Zafiro Agares, la más brutal de los demonios. Su nombre estaba grabado en sus corazones como una amenaza eterna, y el mero hecho de que se hubiera materializado allí les hacía temer por sus vidas. Sin embargo, no se atrevían a moverse. No se les permitía. Todos estaban paralizados por el miedo, como marionetas.

"Qué aburrido", suspiró, desinteresada, y caminó hacia el ascensor, ignorando por completo las miradas que la observaban. El peso de su presencia era palpable, pero ya estaba acostumbrada a provocar este tipo de reacciones. Lo que no esperaba, sin embargo, era que uno de los guardias de seguridad del edificio la detuviera.



Parecía una montaña, de dos metros de altura, una figura musculosa que parecía un muro humano. Se colocó entre ella y el ascensor, con la mirada fija en ella, intentando mantener una postura autoritaria.

"Disculpe, señora. Necesito pedirle que se retire. Esta es una zona de acceso restringido. El director general no está disponible en este momento". Su voz era firme, pero no había rastro de valentía en sus palabras; solo obediencia ciega y miedo disfrazado de profesionalismo.

Zafiro lo miró con una calma inquietante, sin apartar la mirada, antes de fijar su atención en una niña pequeña a su lado. La mujer temblaba visiblemente,



con los ojos abiertos llenos de miedo, aferrándose al dobladillo de su uniforme. Parecía a punto de llorar; todo su cuerpo delataba el terror que sentía. No era a la mujer a quien Zafiro prestaba atención, sino a la ironía de la situación: el hombre gigantesco, que a primera vista parecía tan imponente, en realidad estaba siendo usado como escudo por una mujer, como si fuera la última línea de defensa.

Zafiro miró al guardia de seguridad por última vez, con una expresión de aburrimiento e impaciencia en el rostro. "Ah... empleados nuevos...", murmuró con desdén, como si lo hubiera dicho cientos de veces. "Te dije que no contrataras a nuevos demonios".

Antes de que el guardia de seguridad pudiera reaccionar, la mano de Zafiro se movió a la velocidad del rayo. Sin un sonido, sin una palabra, levantó la mano y, con un simple gesto, hizo que la carne y los huesos del gigante se desgarraran, se desintegraran y se rompieran en miles de pedazos. El aire se llenó del sonido de crujidos apagados y explosiones de sangre mientras era destruido de adentro hacia afuera. El hombre vaciló brevemente, con la conmoción grabada en su rostro antes de ser completamente destrozado. Los pedazos de su cuerpo, su carne y su sangre, se esparcieron por todas partes, cubriendo el suelo, las paredes y, sobre todo, la puerta del ascensor, que quedó manchada con fragmentos y restos humanos.



Y, por supuesto... la niña... que quedó completamente cubierta de sangre. Gritó, pero el caos que se desató ahogó su voz. Sus ojos se abrieron aún más y retrocedió un paso, con el terror visible en cada movimiento.

Zafiro la miró impasible, sin mostrar emoción alguna. La niña temblaba, con sus ojos abiertos y asustados fijos en ella, pero Zafiro no le prestó más atención. Observó con indiferencia los restos del guardia de seguridad en el suelo y entró en el ascensor.

"Esto es lo que pasa cuando no entiendes tu lugar", murmuró Zafiro, en voz baja y venenosa, más para sí misma que para nadie más. Miró los restos del



guardia de seguridad, esparcidos por el suelo y las paredes, con expresión de absoluto aburrimiento. "Los nuevos empleados... nunca aprenden".

Su paciencia se estaba agotando y con un movimiento impaciente, levantó la voz, su aplastante autoridad llenando el espacio de una manera visceral e inmediata.

¡Limpiad este desastre! ¡O moriréis todos!

Esas palabras resonaron por la sala, resonando en las mentes de los empleados como si estuvieran grabadas a fuego en sus corazones. Cada demonio disfrazado de humano, cada persona paralizada por la fuerza pura de la presencia de Zafiro, entró en acción de inmediato. La escena se transformó en un frenesí de desesperación y pánico controlado. Todos, absolutamente todos, corrieron a limpiar el desastre que ella había causado, como marionetas en un caos absoluto. Los restos del guardia de seguridad, ahora dispersos por la recepción, estaban siendo recogidos y arrastrados mientras la sangre corría por las paredes y el suelo. Había algo casi mecánico en su forma de moverse, como si los impulsara una fuerza superior.



Zafiro observaba la escena con desdén, con una expresión impasible ante el espectáculo humano que se desplegaba ante ella. Negó levemente con la cabeza, con una expresión de disgusto en el rostro. "Tsk, voy a despedir a quien esté contratando demonios recién nacidos". Sus palabras estaban impregnadas de una amenaza que cortaba el aire como cuchillas afiladas. El simple hecho de que lo dijera era una sentencia de muerte para cualquiera responsable de contratar a esos empleados.

Luego se giró hacia el panel del ascensor con un gesto casi indiferente y pulsó el botón del último piso. Las puertas del ascensor se cerraron silenciosamente, ocultándola de la vista de todos mientras ascendía.



El ascensor finalmente se detuvo y las puertas se abrieron con un suave sonido, pero el impacto de su llegada fue inmediato. Zafiro salió de la cápsula metálica; su presencia era como un peso abrumador en el aire.

Ninguna palabra pronunció, ningún sonido anunció su llegada y no parecía importarle las secretarias que estaban allí, con sus manos frenéticas sobre el teclado y sus ojos tratando de evitar su mirada.

Sapphire caminó lenta y deliberadamente por el pasillo, ignorando por completo a los empleados, sus pasos resonando en el piso de mármol como un presagio de desastre.

Todos los empleados a su alrededor parecían paralizados, sin atreverse a mover un músculo. Su mera presencia hacía que el espacio a su alrededor se doblara invisiblemente, como si incluso la realidad misma se distorsionara para adaptarse a su poder.

Se dirigió directamente a la oficina de Felicia, la madre de Vergil, sin dudarlo. La puerta estaba entreabierta, y antes de que nadie pudiera reaccionar, Sapphire simplemente la empujó, sin pedir permiso, sin ningún gesto de cortesía. No necesitaba presentación. Su presencia hablaba por sí sola.

Dentro de la habitación, Felicia estaba sentada detrás de un gran escritorio de cristal, mirando unos papeles, siempre tan serena e impecable, pero en el segundo que vio quién había entrado a su espacio, sus ojos se abrieron de par en par.

El shock fue inmediato y el rostro de Felicia palideció; el control que tenía sobre sí misma se rompió por un momento.

Zafiro se detuvo en el centro de la habitación, con su ropa oscura ondeando a su alrededor como humo. La atmósfera tranquila y calculadora que antes





dominaba el espacio ahora se sentía como un campo de tensión. Felicia sintió un nudo en la garganta y el miedo se extendió por su cuerpo como un veneno sutil. No pudo evitar el recuerdo de lo que había sucedido la última vez que se encontró con Zafiro.

"Tú... tú..." comenzó Felicia, con la voz baja y tensa, incapaz de terminar la frase, las palabras muriendo en su lengua.

Zafiro la miró con una sonrisa sutil pero peligrosa, como si pudiera ver a través de cada fachada que Felicia ponía. No le interesaban palabras vacías ni un intercambio de palabras amables. No era el momento para eso.

—Ay, Felicia... Te he echado de menos —dijo Zafiro con voz suave, pero cargada de una amenaza palpable—. Empezaba a preguntarme si de verdad sabías cómo tratar a tu familia. —Hizo una pausa, con expresión impasible—. Déjate de tonterías, somos amigas. No volveré a tirarte de un edificio. Estoy aquí para hablar.



Felicia intentó tragar el pánico que crecía en su interior.

—Yo... no sabía que vendrías, Zafiro —dijo Felicia, intentando recuperar el control—. ¿Qué quieres ahora? Ya aprendí la lección de la última vez.

—No soy de las que repiten lo que ya he enseñado. Así que no te preocupes, querida Felicia —dijo Sapphire con tono despreocupado. Luego se inclinó ligeramente hacia adelante, con una voz suave y peligrosa—. Vine a hablar de... nuestra familia. Los ojos de Sapphire brillaron como esmeraldas.

—Mierda, Vergil... ¿qué has hecho esta vez? —se preguntó Felicia.